

7. Justificación por la fe: El lugar de las obras

EN EL ÚLTIMO CAPÍTULO SEÑALAMOS QUE LA JUSTIFICACIÓN ES un acto de Dios totalmente desligado de cualquier cambio interno en el individuo. Es decir, la justificación no depende de las buenas obras ni de ninguna otra forma humana de mejoramiento o de nada que el hombre pueda emprender. Dicho capítulo presentaba el argumento desde el punto de vista de una persona que todavía no es cristiana. Sin embargo, ahora debemos encarar el tema desde la perspectiva de alguien que ya ha creído en Cristo y ha sido justificado. Su justificación ha tenido lugar por la gracia de Dios por la fe, no por obras. ¿Pero esto significa acaso que ya no hay lugar para las obras en el cristianismo? Si así fuera, el cristianismo parecería estar promoviendo una conducta inmoral. Por otro lado, si necesitamos de las obras, ¿entonces no resulta cierto que después de todo no somos salvos exclusivamente por la obra de Cristo?

Este es el punto donde la teología católica y la teología protestante difieren más radicalmente. Si bien muchos católicos estarían dispuestos a afirmar junto con los protestantes que la justificación es por la gracia de Dios por la fe, dirían que las obras también intervienen en la justificación en el sentido de que Dios nos justifica en parte produciendo buenas obras dentro de nosotros, para que seamos justificados por la fe y por esas obras.

Los protestantes responden que somos justificados exclusivamente por la fe en Cristo. No hay obras que intervengan, ni siquiera la fe es una obra. Pero agregan (o deberían agregar —ya que hay mucha teología protestante deficiente—) que si hemos sido justificados realmente, las buenas obras necesariamente deben seguir a la fe, aunque no intervengan en la justificación propiamente dicha.

La diferencia puede expresarse en dos fórmulas. La teología católica dice:

Fe + Obras = Justificación

Los protestantes responden:

Fe = Justificación + Obras

Calvino expresa el punto de vista protestante con respecto a la relación que debe existir entre la fe, la justificación y las obras en estas palabras:

¿Por qué, entonces, somos justificados por la fe? Porque sólo por la fe nos apropiamos de la justicia de Cristo, la única forma como podemos ser reconciliados con Dios. Sin embargo, no podríamos apropiarnos de la justicia de Dios sin apropiarnos al mismo tiempo de la santificación. Porque él "nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención" (1 Co. 1:30). Por lo tanto, Cristo no justifica a nadie sin santificarlo al mismo tiempo. Estos beneficios se hallan ligados por una cadena eterna e indisoluble, de manera que a quienes ilumina en su sabiduría, redime; a quienes redime, justifica; a quienes justifica, santifica... Resulta claro entonces que lo cierto es que somos justificados no sin obras pero no por obras, ya que en nuestra comunión en Cristo, que nos justifica, la santificación está tan incluida como la justicia.¹

El lugar de las obras

Esta es la enseñanza de Pablo, el gran defensor de la justificación sólo por la fe, en Efesios 2:8-10. "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas".

Ya ha sido señalado por más de un comentarista que en los versículos 9 y 10 la palabra obras está repetida, lo que llama poderosamente la atención. La primera mención a las obras es negativa. Nos dice que como hemos sido salvos por gracia por medio de la fe, entonces no somos salvos "por obras", de lo contrario, una persona salva tendría la posibilidad de jactarse frente a otra persona que no ha realizado estas obras y que por lo tanto no es salva. Este versículo está repudiando completamente la idea que las obras contribuyan en alguna medida a nuestra justificación. Si creemos que las obras juegan un papel en nuestra justificación, estamos confiando en esas obras en lugar de confiar en la obra completa y suficiente de Cristo, y por lo tanto no somos justificados. No somos salvos. No podemos ser salvos por gracia y salvos por gracia más obras al mismo tiempo.

Por otro lado, tan pronto como Pablo ha acabado de rechazar el papel de las obras en la justificación, inmediatamente retorna al tema de las obras, diciendo que Dios nos ha creado "para buenas obras". Esto está expresando en un lenguaje tan fuerte. —"obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas"— que podemos decir que si no hay obras, la persona involucrada no ha sido justificada.

¿Resulta esto una contradicción? De ningún modo. Es simplemente una manera vívida de decir que si bien la justificación describe un aspecto importante de lo que significa ser salvo, no constituye el todo de la salvación. Dios justifica, pero eso no es lo único que hace. También regenera. No hay justificación sin regeneración, del mismo modo que no hay regeneración sin justificación.

La regeneración es el término teológico para lo que Jesús estaba diciendo cuando le dijo a Nicodemo: "Es necesario nacer de nuevo" (Jn. 3:7). Le estaba diciendo que necesitaba comenzar de nuevo como resultado de la nueva vida de Dios puesta dentro de él. Se trata de lo que Pablo estaba hablando un poco antes en este mismo capítulo de Efesios, cuando describe a "Dios... aún estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo" (2:4-5). Se trata también de lo que Pablo está señalando en el versículo 10. Porque ese versículo no sólo nos dice que Dios nos ordena hacer buenas obras o que nos amonesta a hacerlas, si bien esto también es cierto, sino que nos "ha creado" para buenas obras; y todavía más, agrega que estas obras han sido "preparadas de antemano" por Dios. Resulta evidente que si una persona ha sido creada por Dios específicamente para hacer buenas obras, él o ella harán esas buenas obras —aunque no tengan nada que ver con el cómo esa persona ha sido salvada en primer lugar.

Según mi entender, esta es hoy una de las enseñanzas más descuidadas (pero sin embargo una de las más esenciales) en la iglesia evangélica de los Estados Unidos de América. En el comienzo de este capítulo contrasté la teología protestante con la teología tradicional católica, mostrando cómo los protestantes enseñan que "Fe = Justificación + Obras" —el punto de vista que estoy desarrollando— mientras que los católicos enseñan que "Fe + Obras = Justificación". No estoy de acuerdo con la teología católica en este punto. ¿Pero qué hemos de decir de una teología, como la que predomina en el mundo evangélico en la actualidad, que no tiene ningún lugar para las buenas obras? ¿Qué hemos de decir de una enseñanza que postula la justificación desligada de la santificación, el perdón sin una transformación de vida? ¿Qué pensaría Jesús mismo sobre esa teología?

Cuanto estudiamos las enseñanzas de Cristo no demoramos en descubrir que nunca titubeó en insistir sobre la conducta transformada. Enseñó que la salvación sería por medio de su obra en la cruz. Dijo: "El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos" (Mr. 10:45).

Pero también dijo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame" (Lc. 9:23).

Dijo: "¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo? Todo aquel que viene a mí, y oye mis palabras y las hace, os indicaré a quién es semejante. Semejante es al hombre que al edificar una casa, cavó y ahondó y puso el fundamento sobre la roca; y cuando vino una inundación, el río dio con ímpetu contra aquella casa, pero no la pudo mover, porque estaba fundada sobre la roca. Mas el que oyó y no hizo, semejante es al hombre que edificó su casa sobre tierra, sin fundamento; contra la cual el río dio con ímpetu, y luego cayó, y fue grande la ruina de aquella casa" (Lc. 6:46-49).

Le dijo a sus discípulos: "El que perseverare hasta el fin, éste será salvo" (Mt. 10:22).

Le dijo a los judíos de su tiempo: "Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos" (Mt. 5:20). Estos versículos nos están enseñando que una persona salva debe hacer buenas obras y seguir haciéndolas hasta el fin de sus días.

Además, como resulta evidente hasta de esta selección elemental de los dichos de Cristo, no se trata sólo de demostrar una conducta genuinamente transformada y hacer buenas obras si somos justificados. También tiene que ser cierto que nuestras buenas obras son superiores a las buenas obras de los demás, lo que es obvio si consideramos que las buenas obras del cristiano brotan del carácter de Dios dentro del cristiano. "Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos" significa que "si ustedes que dicen llamarse cristianos, que profesan haber sido justificados sólo por la fe y por lo tanto confiesan que no tienen nada que contribuir a su justificación —si no se comportan, sin embargo, de una manera superior al comportamiento de las mejores personas, que esperan salvarse por sus obras, no entrarán en el reino de Dios—. En realidad, no son cristianos".

John H. Gerstner ha llamado a esto acertadamente, creo, "una apología inherente". Se debe a que nadie excepto Dios podría concebir una religión como esta.

Siempre que encontramos una persona a quien le importa mucho la moralidad y su conducta, y espera que esta sea irreprochable, invariablemente esta persona supone que puede justificarse por sus obras. Por otro lado, cuando encontramos una persona que se deleita en la gracia, que conoce la futilidad de intentar lograrlo por sí misma y que no le alcanzan las palabras para hablar sobre la sangre de Jesús y la salvación, completa y gratuita, esta persona tiene una tendencia inherente a no tener nada que ver con las obras de ningún tipo. Cuando vemos una persona que le importa mucho la moralidad, inevitablemente cae dentro del foso de la salvación meritosa. Y, por otro lado, cuando una persona entiende el principio de la gracia, tiene una tentación inherente de caer en una antinomia. Pero la religión cristiana, si bien postula la gracia en toda su pureza, la gracia no adulterada por ninguna contribución meritosa que nosotros podamos hacer, al mismo tiempo requiere de nuestra parte la conducta más ejemplar que sea posible concebir....

Ni por un solo instante se puede decir otra cosa que no sea: "Nada en mis manos traigo, me aferro sólo a tu cruz". Somos justificados sólo por la fe. Pero no somos justificados por una fe solitaria. Por lo tanto, si

realmente nos aferramos a esa cruz, si realmente hacemos lo que decimos que hacemos, estaremos llenos de las obras del Señor y llevaremos vidas con conductas excepcionales.²

El Dios que obra

Sé que esto puede sonar confuso y hasta contradictorio. Pero el problema desaparece tan pronto como tomamos conciencia que las buenas obras que los cristianos son llamados a hacer (y que deben hacer) son el resultado de la obra que Dios efectuó de antemano en ellos. Por este motivo es que Pablo en Efesios 2:10 escribe un prefacio antes de su exigencia de buenas obras. "Porque somos hechura suya". Es por el mismo motivo que, siguiendo esta misma línea de pensamiento, en la siguiente epístola, dice: "Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Fil. 2:12-13). Es porque Dios está obrando en nosotros que haremos y hacemos estas obras que le agradan.

En Efesios 2:10, Pablo llama a esta obra de Dios una nueva creación, diciendo que "somos... *creados* en Cristo Jesús para buenas obras". No cabe duda que Pablo tiene un contraste en mente, entre nuestra nueva creación en Cristo y nuestra vieja creación en Adán, del mismo modo que en Romanos 5:12-21. Cuando Dios hizo al primer hombre, lo hizo perfecto para toda buena obra. Pero Adán cayó, como ya sabemos. Desde ese entonces, según la perspectiva de Dios, la mejor de las buenas obras de Adán y su descendencia han sido "buenas obras" malas. Están contaminadas por el pecado, porque no brotan de un amor puro de Dios sino que surgen de un deseo de enriquecer nuestra reputación o nuestra posición en la sociedad.

Pero ahora, Dios recrea a esos hombres y esas mujeres que unió al Señor Jesucristo. Hace nacer una existencia que hasta ese momento no existía y que por lo tanto ahora tiene posibilidades nuevas y excitantes. Antes, la persona que sin Cristo era, para usar la frase de San Agustín, *non posse non peccare* ("incapaz de no pecar"). Ahora, esta persona es *posse non peccare* ("capaz de no pecar") y tiene la posibilidad de hacer buenas obras.

En esta recreación espiritual Dios nos da un nuevo conjunto de sentidos. Antes, veíamos con nuestros *ojos* físicos, pero éramos espiritualmente ciegos. Ahora, vemos con *ojos* espirituales, y todo parece nuevo.

Antes, éramos espiritualmente sordos. La palabra de Dios nos hablaba, pero no tenía ningún sentido para nosotros. Y si lo tenía, rechazábamos esa palabra y la resistíamos. Ahora, nos han sido dados oídos para escuchar lo que el Espíritu de Dios dice, y podemos oír y responder a las enseñanzas bíblicas.

Antes, nuestro pensamiento estaba obnubilado. A lo que era bueno, lo llamábamos malo; a lo que era malo, lo llamábamos bueno. En realidad, nos gozábamos en lo malo, y no podíamos comprender qué era lo que estaba mal cuando "la buena racha" se convertía de pronto en malos momentos y quedábamos sintiéndonos miserables. Las cosas del Espíritu de Dios eran "locura" para nosotros (2 Co. 2:14). Pero ahora nuestro pensamiento ha sido transformado; evaluamos las cosas de distinta manera, y nuestras mentes son renovadas día a día (Ro. 12:1-2).

Antes, nuestro corazón estaba endurecido. Odiábamos a Dios, y no nos importaban tampoco demasiado las demás personas. Ahora, nuestros corazones se han enternecido. Dios es amoroso, y lo que él ama, nosotros también amamos. "Amamos porque él nos amó primero" (1 Jn. 4:19). Como nuestros corazones han sido rehechos, ahora le damos alimento al hambriento, agua a los que están sedientos, hogar a los extraños, abrigo a los desnudos, cuidado a los enfermos y consuelo a los que están en las cárceles —como Jesús dijo que debíamos hacer si habíamos de sentarnos con él en la gloria.

Un doctrina práctica

La enseñanza acerca del lugar y la necesidad de las buenas obras en las vidas de los cristianos tiene un número de consecuencias prácticas.

Primero, le da sentido a varios pasajes bíblicos, en particular a aquellos que registran la propia enseñanza del Señor, que hacen hincapié en las obras y que por lo tanto parecen sugerir una salvación por obras. Estos versículos, a los que ya he hecho referencia (tomados del capítulo 25 de Mateo), sobre el alimentar a los hambrientos, dar agua a los sedientos, hogar a los extraños, y así sucesivamente, constituyen un ejemplo. También son un ejemplo las otras dos parábolas que encontramos en ese mismo capítulo. En la primera de estas parábolas, las cinco vírgenes insensatas quedan excluidas de la fiesta por haber descuidado algo tan insignificante como el proveer suficiente aceite para sus lámparas. El hecho de que se haya agotado el aceite ni siquiera era responsabilidad de ellas, ya que el esposo se demoró (vs. 5). Lo conocían y estaban esperándolo.

Sin embargo, no eran salvas.

De manera similar, el tercer siervo en la segunda parábola no gozó del favor de su señor porque no utilizó el talento que le había sido dado. No lo había robado. Por el contrario, lo había cuidado y lo había enterrado, y se lo había devuelto a su señor cuando este regresó de su viaje. Sin embargo, el siervo fue rechazado. En realidad, fue echado "en las tinieblas de afuera" donde es "el lloro y el crujir de dientes" (vs. 30).

En la tercer parábola, las ovejas son separadas de los cabritos en base a sus buenas obras. Estas historias y otros dichos de Jesús parecen estar enseñando que las personas son salvas de acuerdo a su perseverancia, su visión, su espíritu de empresa o su caridad. Pero este problema desaparece cuando tomamos conciencia de que Jesús no se está contradiciendo sino que está mostrando las consecuencias de lo que significa haber creído realmente en él como Salvador. En otra oportunidad dijo: "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien has enviado" (Jn. 17:3). Esta afirmación es verdadera. Pero la persona que conozca a Dios y a Jesús como su Salvador, y que por lo tanto posea la vida eterna, estará esperando al Señor cuando él vuelva; es decir, perseverará hasta el fin de sus días. Estará utilizando los talentos que Dios le dio de la mejor manera. Será una fuente de bendición a los hambrientos, los sedientos, los desamparados, los desnudos, los enfermos y los encarcelados. Estas enseñanzas están todas ligadas.

Segundo, un entendimiento de lo que Dios hace cuando produce buenas obras en las vidas transformadas de los cristianos constituye una base maravillosa para alabar a Dios por su sabiduría y su gracia sin par. El doctor Paul Brand, jefe del Departamento de Rehabilitación del Hospital de Salud Pública de los Estados Unidos, en Carville, Louisiana, ha escrito un libro titulado *Fearfully and Wonderfully Made* ("Una criatura maravillosa y temerosa"). En dicho libro, el doctor Brand examina los complicados mecanismos del cuerpo humano y se deleita en la grandeza de Dios que es capaz de crear tales maravillas. Habla sobre las células, los huesos, la piel y las complejidades de los movimientos humanos. Su descripción hace que nos maravillemos junto con él. Pero a pesar de lo maravillosa que es la creación del cuerpo humano, está ampliamente superada por la maravilla de la recreación que Dios hace del hombre o la mujer que antes estaban espiritualmente muertos y que por lo tanto eran totalmente incapaces de hacer algo que pudiera satisfacer a Dios, pero que ahora, como resultado de la obra de Dios, son capaces de ser buenos y de hacer verdaderamente buenas "buenas obras".

Tercero, un entendimiento de la obra que Dios realiza en aquellos a quienes trae a la fe en Cristo para que hagan buenas obras sienta una base para juzgar si hemos realmente nacido de nuevo. La mente humana es extremadamente sutil y, en su estado caído, perversa. Si las vírgenes insensatas creyeron que el esposo las dejaría entrar cuando golpearan a la puerta, si el tercer siervo creyó que su señor iba a considerar su rendimiento de cero crecimiento aceptable, si los cabritos eran completamente inconscientes de su fracaso para cuidar de los necesitados —¿cómo podemos nosotros tener la certeza de que realmente hemos sido salvos, aun si (al menos en lo que a nosotros respecta) creemos lo correcto?

La respuesta es que debe haber una diferencia en nuestras vidas. Debemos realmente ser "nuevas criaturas" intelectualmente, moralmente, y desde el punto de vista de nuestras relaciones con los demás. Pero este es el punto de partida del siguiente capítulo.

Notas

1. *Calvino, Institutes, p. 798.*
2. John H. Gerstner, "Man the Saint" en *Tenth: An Evangelical Quarterly, Julio 1977*, pp. 43-44.